

Pablo Blanco Sarto
Rapto y rescate
La Europa de Joseph Ratzinger*

Con el título Sin raíces. Europa, relativismo, cristianismo, islam, la editorial Península de Barcelona publicó en castellano el debate que mantuvieron el entonces cardenal Joseph Ratzinger y Marcello Pera, filósofo de la ciencia y presidente del Senado italiano. El cardenal habló en el senado y el senador en una universidad pontificia. Era entonces mayo de 2004, casi un año antes de que el primero fuera elegido pontífice de la Iglesia católica, con el nombre de Benedicto XVI. A pesar de su distinta procedencia intelectual e ideológica –el filósofo se considera un agnóstico–, llegaron a un acuerdo sobre los orígenes cristianos de Europa. La Babilonia que parece la Europa de hoy –afirman– tienen en el fondo unas profundas raíces cristianas, que se remiten a la fe de hebreos y cristianos, a la razón de los griegos y al derecho de los romanos. Roma, Atenas y Jerusalén constituirían los orígenes culturales de ese continente llamado Europa.

Es bien conocido el mito del rapto de Europa. Era una hermosa doncella de quien, una vez más, había quedado prendado Zeus. El que blandía rayos y truenos en sus manos urdió una trama para seducirla y hacerse con ella. Sin pensarlo demasiado, se convirtió en un hermoso toro blanco y se presentó en la playa donde la hermosa Europa jugaba ingenuamente con sus amigas. El toro se hizo el manso y las jóvenes empezaron a jugar con el imponente y en apariencia pacífico animal. Cuando Europa, descuidadamente, se subió a lomos del animal, el manso se convirtió en bravo: se levantó y se metió en el mar, con la pobre Europa sobre sus lomos. Ovidio termina su relato describiendo la triste mirada de la joven y antes despreocupada Europa hacia una orilla cada vez más lejana. La moraleja del relato es que tal vez este mito se repite en la actualidad con nuestro viejo pero igualmente ingenuo continente. En estas líneas, vamos a leer las afirmaciones que Joseph Ratzinger hacía sobre Europa, antes de ser elegido sumo pontífice de la Iglesia católica. Tal vez nos ayuden a conocer mejor nuestro querido continente.

1. *La hermosa Europa*

«Europa... ¿Qué es en realidad Europa? –se preguntaba Ratzinger en Berlín, en noviembre de 2000, en una intervención después publicada por el semanario *Die Zeit*–. Esa pregunta fue planteada una y otra vez por el cardenal Glemp, en uno de los grupos lingüísticos del Sínodo romano de los obispos europeos: ¿dónde empieza, dónde termina Europa? ¿Por qué, por ejemplo, Siberia no pertenece a Europa, aunque está predominantemente habitada por europeos, que viven y piensan de una manera claramente europea? ¿Dónde se pierde Europa por el sur de la comunidad de Estados rusos? ¿Por dónde discurre su frontera atlántica? ¿Qué islas son Europa, cuáles no, y por qué? En estas conversaciones se ha puesto de manifiesto que Europa es solo de forma secundaria un concepto geográfico: Europa no es un continente geográficamente

* Publicado en “Nuestro Tiempo” 624 (6/2006) 99-108.

aprehensible con claridad, sino un concepto cultural e histórico»¹. Europa es algo más que un continente geográfico, por tanto.

Con su declarada afición a la historia, el teólogo alemán que hoy ocupa el solio pontificio hace un recorrido a través de los siglos. El origen de Europa se encuentra, según él, en los griegos que así la llamaron a partir del siglo V a.C. «Europa, como término, como concepto geográfico y espiritual es una creación de los griegos»². De ahí nacerán también la democracia y los derechos ciudadanos, ambos recíprocamente inseparables. Menciona también de pasada el mito presocrático de los pueblos europeos, en el que Grecia se lleva la palma y la gloria. Los griegos ofrecen su visión de Europa: «Los pueblos del norte estarían caracterizados [no solo] por una rudeza belicosa, sino también por una indocilidad individualista, tanto que allí no es posible establecer comunidades de vida reglamentada, ni construir verdaderos Estados. En los pueblos del oriente y del sur, predominan la sensualidad, el servilismo y la indolencia política, tanto que se dejan esclavizar fácilmente por déspotas, a pesar de la ciencia, el talento artístico, el celo profesional y la habilidad comercial que tienen. En fin, en la zona intermedia –en Grecia–, se halla el verdadero equilibrio entre el valor guerrero y las disposiciones pacíficas, de modo que allí es posible instaurar la verdadera *polis*»³. Esta *polis* sería la primera ciudad europea.

Pero más adelante Grecia se prolongará de modo natural hacia Roma. Allí Europa se ensanchó, primero gracias al Imperio romano y después gracias al cristianismo, aunque todavía no había alcanzado los límites actuales. «Europa fue identificada con el Occidente, es decir, con la esfera de la cultura y de la Iglesia latina; y este espacio latino no abarca solamente los pueblos románicos, sino también los germanos, los anglosajones y parte de los eslavos»⁴. Después, Europa se hará más nórdica y oriental: a partir de la expansión del islam a partir del año 700, irá mirando hacia el norte, hasta llegar a la misma Escandinavia. Pero también se dirigirá hacia el este, sigue contando Ratzinger. «En Bizancio, el Imperio romano había resistido las tempestades de las invasiones bárbaras y de la invasión islámica. Bizancio se entendía a sí misma como la auténtica Roma; de hecho, ahí no había sucumbido el Imperio, por lo que mantenían sus pretensiones sobre la mitad occidental del mismo. También este Imperio romano de Oriente se extendió hacia el norte, hacia el mundo eslavo, y creó un mundo propio, greco-romano, que se distingue de la Europa latina de occidente»⁵.

Con la caída de Bizancio, el centro también se desplazó de oriente hacia el norte. La Europa oriental quedaba postergada, pero esta se recuperó –renació de sus cenizas– al desplazarse de nuevo hacia el norte: hacia el Rus. «Con esto amenazaba desaparecer una de las alas de Europa, pero la herencia bizantina no había muerto. Moscú se declaró a sí misma la ‘tercera Roma’, constituyó su propio patriarcado, basándose en la idea de una segunda *translatio imperii*, y se presentó como una metamorfosis del *Sacrum Imperium*, como una forma propia de ser Europa, mientras sin embargo seguía vinculada a occidente y se orientaba cada vez más hacia él»⁶. En Bizancio se dará la peculiaridad de que el Imperio y la Iglesia se identificarán entre sí: el emperador será también cabeza de la Iglesia. La espada se une íntimamente con la cruz. Occidente por el contrario se estructurará de otro modo. «Desde el principio de la era constantiniana, en Roma se

¹ *Europa, política y religión. Los fundamentos espirituales de la cultura europea de ayer, hoy y mañana*, “Nueva Revista” 73 (enero-febrero 2001) 67.

² *Iglesia, ecumenismo y política. Nuevos ensayos de eclesiología*, BAC, Madrid 1987, 250.

³ *Una mirada a Europa*, Rialp, Madrid 1993, 164-165.

⁴ *Iglesia, ecumenismo y política*, 253.

⁵ *Europa, política y religión*, 69.

⁶ *Europa, política y religión*, 73.

enseñó que había dualidad de poderes. El emperador y el papa tienen plenitud de poderes, pero separados: ninguno de los dos dispone de todos»⁷.

Se separan la Iglesia y el Estado. Pero pronto, durante el renacimiento, se dará en occidente una auténtica revolución que cambiará el panorama del viejo continente. Una división recorre la Europa occidental de este a oeste: la Reforma protestante la dividirá en dos mitades. Se da entonces el llamado nacimiento de la modernidad. «Una gran parte del mundo germánico se separa de Roma; surge una nueva e ilustrada forma de cristianismo, de tal manera que, a partir de ahora, recorre el ‘occidente’ una línea de separación, que constituye también claramente un *limes* cultural, una frontera entre distintas formas de pensar y actuar»⁸. El norte y el sur de Europa tendrán a partir de ahora culturas decididamente distintas: la católica y la protestante.

Pero al mismo tiempo Europa se abrirá hacia el oeste con el llamado descubrimiento de América, con lo que el mundo europeo se extiende, se prolonga y proyecta hacia esas tierras desconocidas. También se trasladarán allí sus problemas y divisiones, dividiéndose de igual modo el Nuevo Mundo en una mitad latino-católica y otra germánica y anglosajona de cuño protestante. «América se convierte al principio en una Europa ampliada, en ‘colonia’, pero al mismo tiempo, con la sacudida que sufre Europa con la Revolución francesa, crea su propia personalidad»⁹.

Llegó también la Revolución Francesa. Este cambio radical en lo político que se dio en Francia y se extendió por toda Europa, tuvo sin embargo su origen en un silencioso terremoto llamado Ilustración. «Desde el punto de vista de las ideas, se trata de que rechaza la fundamentación sacral de la historia y de la existencia de los Estados. La historia ya no echa de menos una idea de Dios que la precede y la conforma; a partir de ahora el Estado se considera algo puramente secular, basado en la racionalidad y en la libre voluntad de los ciudadanos. Por primera vez en la historia surge un Estado secular puro, que [...] declara a Dios un asunto privado, que no pertenece al ámbito público de la voluntad popular. Esta se considera únicamente vinculada a la razón, para la que Dios no aparece como algo claramente reconocible: la religión y la fe en Dios pertenecen al ámbito del sentimiento, no al de la razón. Dios y su querer dejan de ser públicamente relevantes»¹⁰.

A pesar de todo, la modernidad y la Ilustración son instancias irrenunciables en Europa, destaca Ratzinger. «Debemos, pues, asumir de la edad moderna –como dimensión esencial e irrenunciable del elemento europeo– la relativa separación entre Iglesia y Estado, la libertad de conciencia, los derechos humanos y la propia responsabilidad de la razón. Pero, frente a la exaltación unilateral de estos valores, hay que mantener de un modo igualmente firme el afianzamiento de la razón en el respeto a Dios y a los valores éticos fundamentales, que proceden de la fe cristiana»¹¹. La razón y la libertad, los derechos humanos y la legítima autonomía del Estado encuentran en el cristianismo su más leal aliado. Solo Dios puede garantizar de modo definitivo tales conquistas de la civilización europea. Una sociedad europea que renuncie a Dios, sería una sociedad post-europea –sigue diciendo–, y todos sus valores dependerían peligrosamente de la voluntad de los más poderosos. «Desembocará en la tiranía, después de haber sido desgarrada por la anarquía»¹², tal como ha demostrado la historia no tan lejana.

⁷ *Europa, política y religión*, 70.

⁸ *Europa, política y religión*, 74.

⁹ *Europa, política y religión*, 75.

¹⁰ *Europa, política y religión*, 75-76.

¹¹ *Iglesia, ecumenismo y política*, 254-255.

¹² *Iglesia, ecumenismo y política*, 248.

De modo que el cristianismo será uno de los elementos esenciales de la civilización europea, junto con la modernidad y la herencia grecolatina. «El cristianismo es, pues, la síntesis realizada en Cristo entre la fe de Israel y el espíritu griego. [...] Sobre esta síntesis se basa Europa. El intento del renacimiento de destilar el espíritu griego eliminando lo cristiano, para restaurar la pureza griega, es un intento insensato y sin perspectivas (lo mismo que el intento actual de un cristianismo deshelenizado). Europa, en sentido estricto, nace –en mi opinión– de esta síntesis, y se fundamenta sobre ella»¹³. Atenas y Jerusalén se unirán en una fecunda síntesis, que después se continuará no solo en Roma, Bizancio y Moscú, sino también en el París ilustrado y revolucionario, en el Königsberg del profesor Kant (hoy en suelo ruso) e incluso en el Nueva York de las Torres Gemelas. La historia personal de la bella Europa resulta irrenunciable en cada una de sus etapas. «En el momento en que Europa pone en tela de juicio o elimina sus propios fundamentos espirituales, se separa de su historia y cancela todos sus valores. [...] En efecto, el nacionalsocialismo, en su tendencia fundamental, ha sido la negación del cristianismo, al que consideraba una alienación de la ‘hermosa naturaleza salvaje germánica’»¹⁴. El olvido de sus raíces y sus orígenes acaba destruyendo a ese bello continente llamado Europa.

2. *El rapto de Europa*

Sin embargo, alguien ha intentado secuestrar a Europa y robarle su verdadera identidad: esa que había conseguido ir forjando a lo largo de los siglos. El primer raptor de la historia de Europa viste atavíos orientales: turbante, chilaba y una curva cimitarra. «Desde finales de la antigüedad hasta los comienzos de la edad moderna, el islam constituyó el verdadero enemigo de Europa –escribía en 1979 el entonces arzobispo de Múnich y Frisinga–. [...] Desde su mismo origen, el islam es –en cierto sentido– un retroceso hacia un monoteísmo que no acepta el giro cristiano hacia el Dios encarnado y que se cierra de igual modo a la racionalidad griega y a su cultura»¹⁵. Son palabras duras, que después irá matizando con el tiempo. Sin embargo, en líneas generales y salvo honrosas excepciones, el islam no acepta por ejemplo tampoco la separación entre fe y ley; de modo que el Corán se convierte en el mayor y definitivo texto legislativo. Es cierto que en tiempos recientes se han visto intentos de separar ambas instancias –la cimitarra y la media luna–, pero no siempre ha sido así en todos los lugares donde impera la religión de Mahoma.

Sin embargo, la historia reciente ha evolucionado. El renacer del islam, propiciado también por el resurgimiento económico de estas zonas, no implica que todo sea allí fundamentalismo, en el peor sentido de la expresión. «En mi opinión, habría que abandonar la expresión ‘fundamentalismo islámico’, pues oculta –bajo una misma etiqueta– procesos muy diferentes, en lugar de aclararlos. [...] El aferrarse de un modo fanático a las propias tradiciones religiosas se vincula en muchos sentidos al fanatismo político y militar, en el que la religión se considera directamente un camino para alcanzar el poder terrenal. La instrumentalización de las energías religiosas por parte de la política es algo muy cercano, sin duda, a la tradición islámica. Como consecuencia, se ha desarrollado [...] una interpretación revolucionaria del islam que roza la teología cristiana de la liberación, y que ha realizado con facilidad una mezcla de terrorismo occidental –inspirado en el marxismo– e islámico. Lo que de manera superficial se denomina ‘fundamentalismo islámico’ se podría vincular sin dificultad con las ideas socialistas sobre la liberación: el islam es presentado como el verdadero instrumento de

¹³ *Iglesia, ecumenismo y política*, 252.

¹⁴ *Iglesia, ecumenismo y política*, 246-247.

¹⁵ *Iglesia, ecumenismo y política*, 245.

lucha para liberar los pueblos oprimidos»¹⁶. Las ideas fundamentalistas que esgrimían los terroristas del del 21 de septiembre de 2001 deben más a Marx que a Mahoma, por tanto.

Un segundo raptor de la joven Europa lleva una peluca empolvada y exhibe un cierto aire versallesco. Habla bien y en un tono convincente; pronuncia palabras mágicas como razón, libertad, derechos, democracia, neutralidad religiosa. Es un ilustrado lleno de buenas intenciones, dispuesto a sacar a Europa de su retraso multiseular. «Resulta evidente que este canon de cultura ilustrada –nada definitiva– contiene importantes valores con los que nosotros, precisamente como cristianos, no podemos olvidar. Pero es igualmente evidente que una idea equivocada de libertad, que está en la base de esta cultura, comporta dificultades. [...] Una confusa ideología de la libertad lleva a un dogmatismo que se muestra cada vez más hostil respecto a la libertad»¹⁷. Este olvido de los propios orígenes puede resultar incluso peligroso. «El distanciamiento de la filosofía ilustrada de sus raíces resulta, en última instancia, en menoscabo del hombre. El hombre en el fondo no tiene ninguna libertad, nos dicen los portavoces de las ciencias naturales, lo cual está en total desacuerdo con su propio punto de partida»¹⁸. Al final resultan negados tanto la razón como la libertad, sus primeros presupuestos revolucionarios. El ilustrado se contradice, pues –según él– la razón no está para conocer toda la verdad, sino una mínima parte de ella; es «la razón de la edad moderna, emancipada de cualquier metafísica»¹⁹. Al final, la verdad, la libertad o Dios resultan palabras extrañas y, en el fondo, incomprensibles.

El terreno estaba preparado y bien abonado. En efecto, el ilustrado ha adquirido ahora pintas de ideólogo. Luce un aspecto ciudadanosamente desenfadado: pelo largo, barba desarreglada y bufandilla al cuello. Promotor de utopías, idealista y no exento de un cierto mesianismo, este hombre ha secuestrado a Europa con la mejor de las intenciones, pensando que la liberaba del peor de los males. Podía haber ocurrido en torno al mayo del 68 del que hablan nuestros padres. «El marxismo, por una parte, es el retorno a un momento anterior a la fe cristiana, referente a la salvación inaugurada en Cristo, el retorno a la estructura abierta del todo propia del pueblo de Israel. [...] El *summum bonum* es la revolución mundial, la total negación del mundo tal como ha existido hasta ahora, para crear un mundo nuevo que tiene que ser –como negación de la negación– la total positividad»²⁰. Todo estaba previsto por el sistema y la ideología, de un modo totalmente científico. «Este aparente cientifismo esconde un dogmatismo intolerante: el espíritu es un producto de la materia; la moral es un producto de la sociedad, y ha de ser definida de acuerdo con los fines de la sociedad. Todo lo que sirva para alcanzar el feliz estadio final, es moral. Y esto culmina con la subversión de los valores que habían construido Europa»²¹. Incluso se llegó a matar y al terrorismo. Terrible.

Pero también podríamos recordar los acontecimientos del 9 de noviembre de 1989. «El clamor de la libertad fue más fuerte que la muralla que quería contenerlo», recordaba Ratzinger²². Cae el Muro de Berlín y, con él, según se dice, las ideologías. Aunque no todas. Se mantiene todavía la romántica y unilateral exaltación de la propia nación, sea cual sea. Y esto va también en contra de la pobre Europa. «El nacionalismo no solo ha conducido históricamente a Europa hasta el borde de la destrucción, sino que

¹⁶ *Una mirada a Europa*, 206-208.

¹⁷ *L'Europa di Benedetto nella crisi delle culture*, Cantagalli, Siena 2005, 42-43.

¹⁸ *L'Europa di Benedetto nella crisi delle culture*, 51.

¹⁹ *Una mirada a Europa*, 249.

²⁰ *Iglesia, ecumenismo y política*, 249.

²¹ *Europa, política y religión*, 82.

²² *Una mirada a Europa*, 183.

está en contradicción con lo que Europa es –por su misma esencia– espiritual y políticamente»²³. Este ideólogo despistado y bienintencionado ha acabado transtocando la realidad europea. «Así como el nacionalismo es un obstáculo para el futuro de Europa, también el marxismo se sitúa en contra de la realidad europea, al menos en su forma más pura. Su negación de la historia (que queda transformada en mera prehistoria de un mundo futuro que hay que reconstruir), sus métodos y sus objetivos conducen a una sociedad tiránica, en la que el derecho y el *ethos* son manipulados y, de este modo, la libertad resulta transformada en todo lo contrario»²⁴.

A pesar de los escollos que se han creado con el marxismo y los nacionalismos (de todos los colores y localizaciones) la historia de Europa seguía adelante.. «De este modo, el año de 1989 dio un nuevo impulso a la idea de Europa. Si desde los años setenta se ha podido apreciar que el ambicioso programa de reconciliación y de solución moral sintetizado en la palabra ‘Europa’, había sido lentamente sofocado por la burocracia económica. [...] Europa como idea política debe sustituir por fin el modelo nacionalista por el concepto universal de una comunidad cultural»²⁵. La cultura frente a la economía, una vez más, con la pobre Europa de por medio.

Es entonces cuando aparece en escena un tercer secuestrador (el segundo se presentaba bajo tres disfraces) de la pequeña Europa, aunque este sea de guante blanco. Va ricamente vestido: luce ropa de marca y artículos diversos de diseño, todos muy vistosos. Tiene pocos valores, tal vez tan solo el dinero y sus apetecibles derivados, a pesar de que siempre presume de liberal. Este personaje quiere convertir a Europa tan solo en un ser puramente económico, y a sus ideas «en una aritmética puramente economicista, que es cierto que esta ha elevado el poder económico de Europa en el mundo, pero que –al aumentar el poder económico– ha reducido los fines éticos, confinándolos en la pura lógica de mercado»²⁶. Todo tiene solo valor económico y todo se compra y se vende con la misma moneda. ¿Qué importa entonces la idea de Europa, si no nos proporciona un claro rédito económico?, llegará a pensar por momentos. Europa podrá ser incluso víctima de la temible globalización. En efecto, «la línea fundamental de la actual política europea va hacia un sometimiento al *american way of life*, con que Europa dejaría de ser ella misma para convertirse en un apéndice de Norteamérica. [...] De este modo, crece el temor de que, en la unificación europea, dominen los criterios de una cultura caracterizada por lo cuantitativo, en la que solo cuenta el ‘tener más’ y ‘ser mayor’, a la vez que se va perdiendo todo lo auténticamente humano»²⁷.

Así, este *homo oeconomicus et europeissimus*, ávido y codicioso, habría difundido sus males no solo dentro de las fronteras europeas, sino en todo el mundo. «Por una parte, Europa como idea y como fuerza de unión fraterna, que deja atrás la época nacionalista e inaugura un nuevo modelo de comunidad entre los pueblos. Por otra parte, sin embargo, Europa aparece como pretensión de dominio y potencia económica, que confisca lo ajeno; es decir, que con su propio derecho y su particular forma de vivir, menoscaba y destruye a los demás. Europa se mueve entre ambos extremos»²⁸. Este colonialismo y eurocentrismo salvaje lo han sufrido prácticamente todos los restantes continentes. Europa debe ampliar su solidaridad también hacia el sur y el este, y no solo hacia sí misma. «Esto significa hoy, en la práctica para cada Estado

²³ *Iglesia, ecumenismo y política*, 257.

²⁴ *Iglesia, ecumenismo y política*, 258.

²⁵ *Una mirada a Europa*, 148-149.

²⁶ *Una mirada a Europa*, 149.

²⁷ *Una mirada a Europa*, 19-20.

²⁸ *Una mirada a Europa*, 152-153.

particular, que debe subordinar el bien común nacional al de la humanidad. Ningún Estado puede desear ya solo justicia interna y para sí mismo. Solo si se tiene en cuenta el bien de toda la humanidad, velará correctamente por el bien de los suyos. La correcta universalidad europea debe consistir en ese autocontrol y en esa superación de los Estados aislados. Debemos alcanzar de nuevo en nuestros días lo afirmaba el griego Aelius Arístides, en el siglo II después de Cristo, en su panegírico de Roma: ‘Todo es aquí para todos. Nadie es extraño en parte alguna’²⁹.

3. *El rescate de Europa*

Hace falta salvar a Europa de sus raptos: más o menos bienintencionados, pero secuestradores al fin y al cabo. ¿Cómo actuar? ¿Cómo librarla de esos caballeros tan poco europeos? ¿Cómo rescatar a la joven e ingenua Europa, sin que sus secuestradores se den demasiada cuenta? ¿Cómo mantener sus logros y, a la vez, mejorar lo presente? «Como constitutivos de Europa –afirmaba Ratzinger ya en 1979– hay que reconocer la aceptación y la garantía de la libertad de conciencia, de los derechos humanos, de la libertad científica y, por consiguiente, de una sociedad humana y libre. Estas conquistas de la edad moderna deben ser aseguradas y desarrolladas, sin caer en una razón sin transcendencia y sin base, que cancelaría por sí misma la propia libertad»³⁰. Razón y libertad están en la base de la civilización europea, pero hay que entender ambos conceptos en su sentido más algo y profundo, y recordarles a estos importantes términos su punto de partida. Para esto, por ejemplo, se requiere el concepto de verdad como referente común de la razón y de la libertad.

De este modo Europa no perderá su brújula. Por ejemplo, Ratzinger hablaba ya de «la no manipulación del derecho» como una conquista de la civilización europea. «Toda dictadura –seguía diciendo– comienza manipulando el derecho. [...] El que lucha por Europa lucha también por la democracia, pero bajo el indisoluble vínculo con la *eunomía*»³¹, con la verdad, con el derecho no manipulable. Por el contrario, dirá más adelante, en la actualidad «Europa exporta esquemas sin *ethos* y, en última instancia, contra el *ethos*, que con el predominio de la ideología del progreso serán destruidas aquellas grandes tradiciones morales sobre las que descansaban las antiguas sociedades [...]. Esto significa que el espíritu del tener, del hacer y de la evasión hacia el futuro, con sus vanas promesas, se difunden cada vez más. Esto implica una unidad de la humanidad que extingue sus fuerzas verdaderamente unificadoras, a la vez que sus convicciones morales fundamentales»³².

El Estado tiene por tanto sus límites, y no puede crear ni el derecho ni la ética. «Se trata de un equilibrio muy sutil. El Estado no es el Reino de Dios, decíamos. No puede inventarse por tanto la moral. Sigue siendo un buen Estado mientras respeta sus límites. [...] Al Estado no le está permitido convertirse a sí mismo en religión. Debe permanecer profano y diferenciarse de la religión en cuanto tal. Pero tampoco le es lícito deslizarse hacia el puro pragmatismo de lo irrealizable, sino que debe luchar porque imperen las convicciones morales»³³. Por el contrario, a veces se promueve un Estado tan laico que resulta ajeno a toda ética. La experiencia y el sentido común desmienten el éxito de este experimento. «Si de ello se deduce la total neutralidad moral y religiosa del Estado, entonces se canoniza el derecho del más fuerte: la mayoría se convierte en la única fuente del derecho; la estadística se convierte en legislador. Esto

²⁹ *Una mirada a Europa*, 175.

³⁰ *Iglesia, ecumenismo y política*, 258.

³¹ *Iglesia, ecumenismo y política*, 256.

³² *Una mirada a Europa*, 161-162.

³³ *Una mirada a Europa*, 174.

equivaldría a la autoeliminación de Europa, porque como consecuencia se deberían poner en tela de juicio los derechos humanos, como se ha puesto en evidencia en la discusión sobre el aborto»³⁴.

En efecto, el derecho a la vida será una de las garantías para el futuro de Europa, tal como sostuvo en el discurso que Ratzinger pronunció en Subiaco, con motivo de la concesión del premio san Benito de Nursia, el 1 de abril de 2005, justo un día antes de que muriera su predecesor Juan Pablo II. «El reconocimiento de la sacralidad de la vida humana y de su inviolabilidad sin excepciones no es un pequeño problema, o una cuestión que se pueda considerar como relativa, según el pluralismo de las opiniones que impera en la sociedad moderna»³⁵. Se trata de una de las pocas excepciones que presenta esta regla general. «No se puede permanecer ciego ante el derecho a la vida del otro, del más pequeño, del más débil, del que no tiene voz. [Si no,] Los derechos de algunos resultan defendidos a expensas de los de otros»³⁶. Entonces Europa y la democracia fracasarían estrepitosamente. «Toda vida –concluye–, desde el principio, ha sido bendecida y acogida por la misericordia de Dios. Los cristianos saben esto y mantienen su propia vida bajo esta mirada de amor; reciben con esta misma mirada un mensaje que es esencial para la vida y el futuro del hombre. [...] En esta misión de anunciar la dignidad de la persona y de los pobres respecto a la vida que ha de venir, serán posiblemente objeto de risa y odio; pero el mundo no podría vivir sin ellos»³⁷.

Pero esta fundamentación clara y firme de los derechos fundamentales no se sostiene en el vacío. Dios es el principal garante de un Estado duradero de derecho. «Esto implica que Dios no queda incondicionalmente relegado a la esfera de lo privado, sino que también ha de ser reconocido públicamente como un valor supremo. Esto incluye ciertamente –y quiero subrayarlo de modo muy claro– la tolerancia y el espacio para las personas ateas, y no tiene nada que ver con una coacción que pretendiera imponer la fe. Sin embargo, las cosas tendrían que darse del modo contrario a como ocurre ahora: el ateísmo comienza a ser un dogma público fundamental, y la fe es tolerada como una opinión privada»³⁸. ¿Es el ateísmo la nueva religión oficial del Estado? Pero si Dios no existe, todo me está permitido, sentenciaba Iván Karamazov, un europeo posmoderno. Es cierto que Dios no ha creado el derecho, pero sí los derechos de cada hombre y de cada mujer. Esto es una instancia irrenunciable, para creyentes o no-creyentes. Vuelve a insistir Ratzinger en esta misma idea en otro lugar: «Una sociedad que se ha construido con su estructura pública desde la perspectiva agnóstica y escéptica, y que permita que lo demás [lo ético y lo religioso] subsista tan solo al margen de lo público, no sobrevive mucho tiempo»³⁹.

Tampoco el agnosticismo es un buen garante de los derechos humanos, pues estos quedan reducidos a imperativos categóricos. Y eso es demasiado poco. ¿Quién garantiza esos imperativos categóricos: un Dios incognoscible y tal vez inexistente? ¿Tan solo la razón humana? ¿Resulta esto convincente? Por eso Ratzinger ve necesario un diálogo entre el agnosticismo y el cristianismo, precisamente para salvar a Europa. «Deberíamos más bien examinar con detalle si es plausible la hipótesis del agnosticismo, es decir, ver si este tiene consistencia no solo como respuesta a la ciencia, sino también a la vida humana. En efecto, la verdadera puesta en tela de juicio del agnosticismo consiste en ver si su programa es realizable»⁴⁰. Por eso la propuesta de

³⁴ *Una mirada a Europa*, 24.

³⁵ *L'Europa di Benedetto nella crisi delle culture*, 73.

³⁶ *L'Europa di Benedetto nella crisi delle culture*, 77.

³⁷ *L'Europa di Benedetto nella crisi delle culture*, 89-90.

³⁸ *Iglesia, ecumenismo y política*, 256.

³⁹ *Una mirada a Europa*, 209.

⁴⁰ *L'Europa di Benedetto nella crisi delle culture*, 108.

Ratzinger al agnosticismo actual no es que funcione *etsi Deus non daretur*, sino por el contrario *veluti Deus daretur*, tal como sugería Pascal a sus más descreídos amigos. Es lo mejor para todos.

«De cara a la cuestión de Dios, el hombre no puede permanecer neutral»⁴¹. Según Ratzinger, el cristianismo es una propuesta razonable y creíble, incluso para un agnóstico convencido y declarado, como su amigo Marcello Pera, presidente del Senado italiano. Así, por ejemplo, el diálogo entre cristianismo y agnosticismo moderno se realiza por medio de la razón, que ha sido defendida y aceptada por ambas partes. Sería esta una plataforma común, sobre la cual se podría dialogar. «El cristianismo, desde el principio, se ha comprendido a sí mismo como la religión del *logos*, como la religión según la razón. No ha buscado sus orígenes en otras religiones, sino en la ilustración filosófica que le había preparado el camino en las tradiciones que buscaban la verdad y el bien, el único Dios por encima de los dioses. [...] En este sentido, la Ilustración es de origen cristiano y se ha dado solo en el ámbito de la fe cristiana. [...] Y ha sido mérito de la Ilustración el haber vuelto a proponer estos valores originales del cristianismo, y el haber devuelto a la razón su propia voz»⁴².

Solo esta razón será capaz de entrar en diálogo con la cultura moderna y de abrirle camino hacia la fe. «¿Esto sirve también hoy, en una cultura totalmente ajena a la religión, en una cultura de la razón y de la gestión técnica? Creo que sí. También hoy se supera inevitablemente el ámbito de la racionalidad técnica. También hoy no nos limitamos a la pregunta ‘¿qué puedo hacer?’, sino también: ‘¿qué puedo hacer y quién puedo ser yo?’»⁴³. El agnosticismo es posible en sede teórica –afirmaba el teólogo alemán–, pero en la práctica, en la existencia concreta de cada persona, necesita las sugerencias hechas por la fe, pues la autoridad de esta visión privilegiada procede de arriba. «La fe cristiana es, en su misma esencia, una participación en la visión de Jesús, que hace posible su palabra, expresión auténtica de su visión. La visión de Jesús es por tanto el punto de referencia de nuestra fe, su anclaje concreto»⁴⁴. Y este punto de vista privilegiado puede ser útil incluso para el agnóstico más convencido, insiste. La fe es además un saber común y compartido que enriquece la propia perspectiva. «Nadie lo sabe todo, sino que todos juntos sabemos lo que hemos de saber. La fe constituye una red de conocimiento recíproco, que al mismo tiempo es una red de solidaridad de unos hacia otros, donde cada uno sostiene y es sostenido de modo recíproco»⁴⁵. Esta red de conocimiento en solidaridad se denomina Iglesia.

La Iglesia todavía puede aportar algo a Europa. Ratzinger recuerda la catedral como centro casi geográfico de muchas ciudades europeas, aunque nadie esté obligado a visitarla. «¿Qué debe hacer, pues, la Iglesia, o qué deben hacer las Iglesias en este contexto? Respondería que deben ante todo ser ellas mismas. No les está permitido rebajarse a ser un mero medio para moralizar la sociedad, como desearía el Estado liberal. [...] Esta debe hacer decididamente lo que le es propio, aquello en lo que se funda su identidad: dar a conocer a Dios y anunciar su Reino, para que la moral se difunda mucho más allá del círculo de creyentes»⁴⁶. La Iglesia puede y debe colaborar en la construcción de Europa cumpliendo con su misión específica. Así le ayudará a liberarse de todos los fantasmas y secuestradores.

⁴¹ *L'Europa di Benedetto nella crisi delle culture*, 111.

⁴² *L'Europa di Benedetto nella crisi delle culture*, 57-58.

⁴³ *L'Europa di Benedetto nella crisi delle culture*, 122.

⁴⁴ *L'Europa di Benedetto nella crisi delle culture*, 130.

⁴⁵ *L'Europa di Benedetto nella crisi delle culture*, 126.

⁴⁶ *Una mirada a Europa*, 212-214.

«No se debe esperar de modo razonable que las tres modalidades de la Europa moderna –catolicismo, protestantismo, laicismo– se unan en un tiempo no muy lejano. Pero es necesario trabajar sin cansarse por la comprensión recíproca y por su reencuentro. La marginación de la fe y la radicalización de una libertad que conduce a una anarquía, serían el fin de Europa y también el fin de la dignidad y de los derechos humanos, que se fundan en el respeto de la semejanza del hombre con Dios y de la inviolabilidad de la imagen de Dios»⁴⁷. Sin Dios, no hay ni libertad, ni dignidad, ni derechos humanos. Le pasa como a la pobre Europa. «Un árbol sin raíces se seca...»⁴⁸, concluye. «Resumamos: la afirmación del valor y la dignidad del ser humano, de la libertad, igualdad y solidaridad, en los principios de la democracia y del Estado de derecho, incluye una imagen del ser humano, una opción moral y una idea del derecho que, en modo alguno, se sostienen por sí mismos; sino que son factores básicos de la identidad de Europa»⁴⁹. Una vez más esta imagen de Europa tiene un origen religioso y, por eso, las convicciones religiosas deben ser respetadas. Por eso la Iglesia puede hacer propuestas creíbles y razonables en el mundo actual, por muy laico y agnóstico que sea un Estado.

«Mi convicción es que hay algo –concluye– que no puede faltar: el respeto a algo que es sagrado para otros, y el respeto a lo sagrado en general, a Dios; es un respeto perfectamente exigible incluso al que no está dispuesto a creer en Dios. Allá donde se quiebra ese respeto, algo esencial se hunde en esa sociedad. En nuestra sociedad actual se castiga, gracias a Dios, a quienes escarnecen la fe de Israel, su imagen de Dios, sus grandes figuras. Se castiga también a quien ofende el Corán y a las convicciones básicas del islam. En cambio, cuando se trata de Cristo y de lo que es sagrado para los cristianos, la libertad de opinión se convierte en el bien supremo. [...] Aquí hay un autoodio, que solo se puede calificar de patológico, de un occidente que sin duda –y esto es digno de elogio– trata de abrirse y comprender los valores ajenos; pero que ya no se quiere a sí mismo»⁵⁰. Europa debería volver a ser ella misma y, para esto, tal vez lo mejor que puede hacer es no solo mirar a la costa de la que se aleja – como nos había dejado contado Ovidio–, sino que ha de lanzarse al agua, zambullirse en las frías aguas y bracear lo más plácidamente que pueda hacia la costa y hacia su futuro. Pero para esto –estoy seguro– va a necesitar Dios y ayuda.

⁴⁷ *Una mirada a Europa*, 28.

⁴⁸ *L'Europa di Benedetto nella crisi delle culture*, 52.

⁴⁹ *Europa, política y religión*, 85.

⁵⁰ *Europa, política y religión*, 87.